

Max Pou: “Me interesa más el paisaje humano que el de la naturaleza”

La primera exposición retrospectiva de Max Pou, maestro de la fotografía dominicana, abrirá al público en el Centro León el 7 de diciembre

Por Camilo Venegas
Centro León

Es obvio que prefiere la penumbra del estudio. Aunque jura que no sabría vivir sin su país, no parece un hombre hecho para la excesiva claridad del trópico. Sus movimientos son demasiado rápidos para su edad y se mueve entre los aparatos y el andamiaje como un pez en el agua. El olor de los químicos predomina, pero él respira como si estuviera al aire libre. Su obra es indispensable para la cultura dominicana, pero Max Pou es un fotógrafo demasiado desconocido. Sobre todo si se tiene en cuenta que sus retratos y paisajes son esenciales para reconstruir la apariencia de al menos dos décadas, la mitad de una isla que sucedió hace treinta años. En el blanco, el negro y el gris de Max hay un calidoscopio, la suma de todos los colores que caben entre una costa y la otra.

La tarde empieza a caer en Camino Chiquito. Max Pou acaba de llegar en su Mercedes Benz. De chacabana y sombrero de Panamá, hace un gesto jovial y abre una puerta que lo conduce a lo más oscuro de su estudio. “Es hora de hablar –dice y se acomoda en una silla giratoria–. Aunque yo no soy un hombre de muchas palabras, el lente de la cámara es todo mi lenguaje”.

¿Recuerda Max Pou la primera vez que tuvo una cámara en sus manos?

Oh, claro. Mi padre me regaló un proyector porque a mí me gustaba mucho el cine. Yo cogía películas y las proyectaba. Tuto Báez fue el que lo consiguió y lo buscó. Al conocer a Tuto, conocí a sus hijos. Con ellos descubrí cómo era la fotografía y su proceso. Estamos hablando posiblemente de 1936 o 1937. Entre todos hacíamos fotografías y las revelábamos, pero de una forma sumamente primitiva. En 1945, un amigo me aconsejó que trabajara la fotografía como una profesión. Me incentivó tanto, que compré mi primera cámara. Era muy sencilla, pero ella empezó todo.

¿Ya en ese momento entendió a la fotografía como su destino?

No, no, eso fue llegando poco a poco. En 1952 entró aquí la televisión y yo fui de los primeros que se entrenaron en el área técnica. Mientras hacía todo eso, naturalmente, yo siempre andaba con mi cámara fotográfica encima. Siempre me interesaba estar atento, saber capturar el instante irreplicable, algo que para mí ha sido siempre una obsesión.

¿Qué fotógrafos lo inspiraron en sus inicios?

Uno siempre tiene influencia de todas las cosas que ve. Eso es una realidad. Ahora, las obras de Ansel Adams y Edward Weston siempre me interesaron mucho. También tuve que recibir influencias de los fotógrafos que trabajaban en

ese momento aquí, como Barón Castillo, Tuto Báez y muchos que ahora no recuerdo, pero que seguramente sus obras también incidieron en mí.

¿Cuándo comenzó su obra como documentalista?

El primer documental que hice fue sobre la construcción del puente Hermanos Patiño de Santiago. Fue un encargo de la US Steel. La US Steel construyó el puente de San Francisco y otros puentes importantes por todo el mundo. Ese documental lo narra Ricardo Montalbán, hay una copia, pero debe estar muy deteriorado porque la película en colores tiene una química orgánica muy frágil. Yo era corresponsal de la NBC en Santo Domingo y me pedían que cubriera grandes noticias. Recuerdo que el día de Año Nuevo en que Fulgencio Batista salió de Cuba, me llamaron por teléfono y me dijeron: “Batista está en su país, trate de conseguirlo”. Por supuesto, Batista no me dio la cara. Pero ese era el tipo de trabajo que me encargaban. En ese momento, quizás, el cine me interesaba más que la fotografía.

¿Qué otro documental de aquella época usted recuerda con cariño?

Uno que realicé con Oscar Torres sobre la Junta Central Electoral. Oscar Torres es un dominicano que estudió cine en Italia y luego viajó a Cuba cuando subió Fidel Castro. Allá contribuyó a la fundación del Instituto de Cine, pero se disgustó cuando hizo una película que se llama *Realengo 18*. Él filmó la película, pero no la cortó. Vino para acá con la muerte de Trujillo, porque no quería tener dictadores a su alrededor. Entonces nos hicimos muy amigos. Entre los dos concebimos hacer el documental sobre las primeras votaciones libres en Santo Domingo. Se hicieron 70 copias en 35 milímetros y se proyectaron simultáneamente en todos los cines.

¿Cuándo la Revolución de Abril aún era corresponsal de NBC?

Sí, pero me propusieron algo con lo que no estaba de acuerdo y decidí irme de Santo Domingo. Me fui un tiempo para Puerto Rico y volví cuando se tranquilizó un poco el asunto de la Revolución. Cuando vino la OEA y tomó el control del canal de televisión oficial me propusieron que trabajara con ellos y así se produjeron varios programas como *Antes del desayuno* y *Proceso a la juventud*.

¿Abandonó a la fotografía en esos largos períodos de cine y televisión?

Nunca. Eso era imposible para mí. Una cosa era el movimiento y otra el instante, el momento justo, el que nunca más iba a suceder, ese que si yo no lo capturaba, se perdía para siempre. La fotografía es una magia que uno no sabe por qué la hace.

¿Suele volver a ver esos “instantes” muchas veces?

Casi nunca, la mayoría de esas fotografías están en negativo y jamás se han impreso. No tengo copia de casi ninguna foto. Prefiero seguir trabajando, no detenerme a ver lo que hago. Aunque últimamente lo que más he hecho es fotografía comercial. Lo última foto que he hecho es un retrato de mi esposa que se hizo aquí mismo en este estudio.

En su obra tiene un valor primordial el retrato, ¿usted lo prefiere?

Me gusta mucho el retrato, por eso me toma tanto tiempo hacer uno. Yo necesito conocer a la persona, tener contacto con ella, decidir qué voy a retratar para poder captar cierto sentido, cierta luz que dé el contraste que quiero señalar de

su personalidad. Me cuesta mucho hacer un retrato, pero en la exposición se verá cuántos he hecho.

Y del paisaje, ¿qué le atrae?

El paisaje tiene sus valores indiscutibles y yo solía hacerlos a menudo. Pero siempre preferí el retrato. Me interesa más el paisaje humano que el de la naturaleza.

¿Aún Max Pou prefiere el blanco y negro?

Definitivamente. Siempre he pensado que el colorido distrae la atención, con el blanco y negro se logra decir con más claridad lo que uno quiere expresar. No se hace nada con poner fondos de colores. El color dispersa, el blanco y negro concentra.

He oído decir que toda una época de este país se puede ver a través de sus ojos. ¿Si no habría nacido aquí su obra sería igual?

No lo sé, pero de lo que estoy seguro es que yo vivo en esta tierra y que de aquí no me saca nadie. Allá por el año 1947 uno de mis hermanos tenía una oficina de exportación de azúcar en Nueva York y me pidió que aprendiera inglés y que me fuera con él. Creía que yo allá me desarrollaría mucho más... Todavía me está esperando.

¿Cómo fue el proceso para elegir las obras de la exposición *CIEN VECES MAX*?

Eso es muy difícil de explicar. La respuesta está aquí (se apunta al corazón), pero no sé decirla. Había miles de negativos y las fotos que se escogieron iban sobresaliendo del resto poco a poco.

¿Aún hace las fotos que usted quiere hacer?

Ya casi nunca. A veces hago algún que otro retrato, pero el trabajo de la publicidad me ocupa casi todo el tiempo. Ahora, no dudes que arranque en cualquier momento. Deseos no faltan.

¿En *CIEN VECES MAX* está contenida su estética?

Yo creo que sí. A lo mejor quedaron fuera obras importantes. Pero el que vea esa exposición sabrá lo que yo quise decir durante tanto tiempo. Eso es lo que yo vi, esos son todos los instantes que Max Pou pudo captar y salvar para siempre. No me atrevo a pensar en el momento de entrar en la sala... va a ser una gran sorpresa hasta para mí.